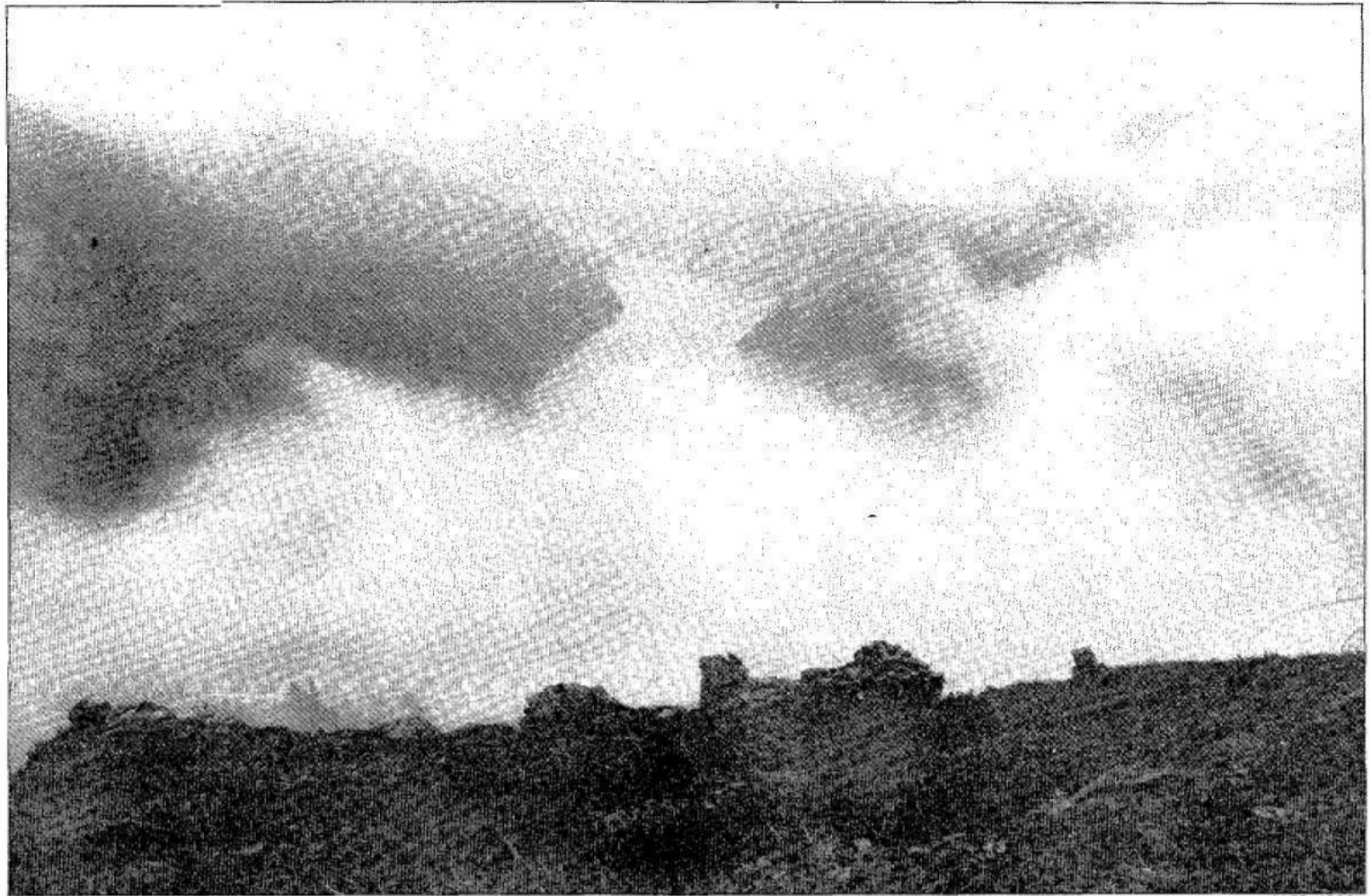


## OCCIDENTE

Las cabras son las únicas moradoras de La Paicega, un poblado que, en otro tiempo, despertó la admiración y la envidia de toda la comarca de la zona montañosa del occidente asturiano. Por los años 40 y hasta mediados los 50, La Paicega gozó de un dinamismo económico y social cuyos ecos aún no se han apagado en la comarca. El poblado y las aldeas vecinas vivieron la fiebre del kilovatio. El pueblo fue creado para albergar a miles de trabajadores que construyeron el salto de Salime.



JORGE JARDON

Una panorámica de la zona montañosa del occidente asturiano donde se encuentra La Paicega, en otro tiempo una comarca dominada por la fiebre del kilovatio.

## La Paicega, los colonos del kilovatio

*El salto de Salime convirtió este lugar de Pesoz en poblado de la conquista del Oeste*

La Paicega (Pesoz),  
Jorge JARDON

Esta invasión en torno al pequeño pueblo, creado artificialmente para estos últimos menesteres, hizo de todo aquello un lugar con ritmos semejantes al de la conquista del Oeste. Había iglesia y cura, cuartel de la Guardia Civil, agente de tráfico, hospital con médico y practicantes, cine, barrenderos, carnicería, panadería, economato, bares y casas de comida, sastres, peluqueras, modistas y, para colmo de la frivolidad y del delirio, había incluso chicas de alterne para las noches doradas en el «Rancho Chico».

No faltaban tampoco los delincuentes y los malhechores, los matones, los bebedores, y las reyerías, los navajazos y, a veces los martillazos, andaban a la orden del día. Naturalmente que también había señores, gentes de bien y hombres educados y de buenas maneras. Pero por encima de toda esta fauna humana estaba el factor dinero. Había trabajo para todos y el dinero corría a raudales.

Ni una sola de esas «casas de ensueño», que recordaba Ro-

gelia la de Pesoz, con jardín y galerías con flores, permanece en pie. Los dos únicos edificios que mantienen una mejor prestancia y que mantienen sus estructuras, la iglesia y el transformador, sirven de vivienda a las cabras de Amador, un vecino de Sanzo que ha encontrado en los despojos de La Paicega un buen redil para sus rebaños.

### La iglesia se ha convertido en cuadra de cabras

Viven en el interior de la iglesia unas ciento cincuenta cabras. Uno de los hijos de Amador Marcelino Pereiras, que hace el número ocho de quince hermanos, nos llevó a través de las escalinatas semidestruidas que se entrecruzan entre los edificios. Marcelino va mostrando con todo lujo de detalles todo cuanto ha oído contar acerca del pueblo. «Aquí, señala él con el dedo, había un hórreo que era un bar. Aquí, un pozo. Aquél era el cuartel de la Guardia Civil. Lo que está frente a él era el hospital. Por

este otro lado, subía lo que se llamaba "la mesilla", una especie de vagoneta en la que se bajaba y subía a la gente desde el embalse hasta el pueblo». Todo el mundo recuerda aquel día de Carnaval en que se rompieron los cables de «la mesilla» y se fue a estrellar contra el muro. Murieron en el acto seis personas.

Pesoz, que en la actualidad cuenta con 384 habitantes, cuando allí había 2.500, tenía casi siete veces más que ahora. Incluso fue necesario dotarlo de una cárcel que, según Rogelia, «no estuvo ni un día sola, ya que, además de los líos que se producían, esto se llenó de requisitorias de todas partes, porque llegaron a trabajar infinidad de delincuentes».

Antonio López, residente hoy en Avilés, entabló amistad, siendo niño, a través de los barrotes con un preso de la cárcel de Pesoz. El detenido lo engatusó con que iba a hacerle un carrito, pero para ello habría de traerle a escondidas ciertos materiales para poder hacer el trabajo. Entre otras cosas, le llevó una sierra y los efectos no se hicieron esperar. Aserró los barrotes y huyó.

Nadie quiere hablar de las chicas del alterne, y cuando uno pregunta cuánto costaba el pecado en las proximidades de La Paicega todos quedan mudos. Sólo cuentan que se trataba de chicas gallegas que trabajaban en las casas y que por la noche alegraban a la tropa en una especie de galpón de madera al que bautizaron con el nombre de «Rancho Chico». Y si de esta prostitución nadie quiere aportar detalles, sin embargo todos hablan con fervor del talento del cura, Manuel Gutiérrez, quien al dejar el lugar pasó a ser rector del Seminario de Oviedo. Así como del médico del hospital que ya operaba a la gente de apendicitis.

Pesoz un lugar cargado de situaciones insólitas. En el verano visitaba el pueblo un hombre que vive en Granada para tratar de localizar la tumba de su madre, muerta de parto al nacer él y enterrada en Pesoz. Estos días llegó al registro civil una certificación de matrimonio celebrado en Hong-Kong por alguien que había nacido en Pesoz como consecuencia de aquel salto que una vez se construyó en Salime.

### La quimera de la invasión, los bares, el jaleo y la muerte

La Paicega (Pesoz), J. J.

Para darse cuenta de lo que fue todo aquello basta preguntar en los pueblos de los alrededores, que vivieron los efectos de esta especie de quimera de la invasión.

En Sanzo, a dos kilómetros del poblado, que apenas cuenta con cien vecinos, rebasó los quinientos en aquellos años. Hoy sólo cuenta con un bar, el de Cabanelo.

Hace cincuenta años tenía nueve, ya que en cada casa se abrió uno para atender toda la demanda. Decía una mujer del pueblo, Jesusa Alvarez, una veterana de 76 años a quien le tocaron aquellos tiempos, «hasta en las cuadras había gente. En la corte de Quintana había una vivienda y otra debajo del hórreo de Coto».

Todos recuerdan las peleas y los escándalos. «A pesar de que la Guardia Civil daba palo a mansalva». Uno de los aspectos que más hondo caló en la gente fue el de gran número de muertos en las obras del embalse. Cuentan que había un tal Ricardo, a quien le pagaban cinco duros por cada obrero que reclutara, lo que explica que todo aquello se llenara de andaluces, gallegos y portugueses. En la zona se cree que ninguno volvió a su casa y quedaron enterrados entre los cementos del embalse. Solamente en el cementerio de Pesoz fueron enterradas ciento once personas.



JORGE JARDON

Marcelino Pereiras, delante de la iglesia que le sirve de cuadra.



JORGE JARDON

Lo que fue un espléndido poblado es hoy un montón de ruinas.